

excelente licor que producen aquellas islas, les preguntó qué cantidad de vino querían comprar. Respondieron los diputados que no pensaban en eso, sino en pesar el aire sobre la altura del pico de Tenerife.

«Cómo es eso? replicó el Embajador. ¿Queréis pesar el aire?»

—Esa es nuestra intención,» repusieron ellos.

No bien lo oyó el buen señor, cuando los mandó echar de casa por locos, y al momento pasó al palacio de Witheal á decir al Rey y á todos los palaciegos, que habían ido á su casa dos locos, con la graciosa extravagancia de decir que querían pesar el aire, acompañando el Embajador la relación con grandes carcajadas. Pero éstas se convirtieron en confusión suya, mayormente sabiendo luego que el mismo Rey y su hermano el duque de Yorch eran los principales autores de aquella expedición filosófica.

Celebróse el chiste en Londres y en París; pero con poca razón se hizo mofa de la ignorancia del Embajador. El descubrimiento de el peso de el aire se puede decir que aún era entonces de algo fresca data, para que hubiese ya llegado á noticia de todos los que no profesaban la filosofía, y especialmente de los españoles, incluyendo aún á los profesores; distando entonces España de Italia y Francia para el comercio literario, otro tanto que dista de España para el político la última extremidad de el Japon. El famoso evangelista Torricelli, discípulo del padre Benedicto Castelli, abad de Monte Casino, monje doctísimo, á quien el papa Urbano VIII habia traído de su monasterio á Roma, para enseñar en aquella capital de el mundo las matemáticas, fué quien cerca de la mitad del siglo pasado descubrió el peso del aire y el mal fundado miedo de el vacío, tan establecido hasta entonces en las escuelas. Con cuya ocasión, noto aquí la equivocación de muchos autores, que suponen á Torricelli discípulo de el gran Galileo, aunque en algun sentido se puede decir que lo fué; esto es, no inmediato, sino mediato; porque el abad Castelli, maestro de Torricelli, fué discípulo de Galileo. Y por estas noticias se debe corregir lo que en el tomo II de el *Teatro crítico*, discurso II, número 1 (\*), dije en orden á Galileo y Torricelli.

(\*) *Historia natural*, discurso omitido en esta edición. (V. F.)

## EL JUDIO ERRANTE.

Muy señor mio: La especie de el Judío Errante, que vuestra merced me pregunta si se encuentra en algun autor clásico, y qué le merece, no en un autor solo se halla, sino en varios, y clásicos algunos de ellos, aunque con alguna variedad en una ú otra circunstancia.

El primero que, según yo entiendo, la dió al público en historia formada, fué el célebre historiador benedictino Anglicano, Mateo de París, al año 1229. Según éste, vino por aquel tiempo (vivía en él el mismo his-

torio) que lo refiere) un obispo armenio á Inglaterra, recomendado por el Papa para que le mostrasen las reliquias de santos que habia en aquel reino, y le diesen las demas noticias que él solicitase, pertenecientes al culto divino que se practicaba en él. Sobre la especie, ya entonces algo vulgarizada, del Judío Errante, y que éste andaba por las regiones orientales, pareciendo á varios curiosos, que este prelado, por tener su patria, habitación y diócesi en una de ellas, no podia menos de estar algo instruido en el asunto, le hicieron sobre

### SCOLIO.

Para que el lector, que no está en estas cosas, entienda qué experimentos pretendían hacer los de la Régia sociedad, en orden al peso de el aire, en el pico de Tenerife, y por qué en este sitio tan distante, más que en otro, debo advertirle, que una de las experiencias que más claramente confirman, que no el horror de el vacío, sino el peso de el aire, mantiene suspenso el azogue en el barómetro, es, que á proporcion de la elevación de el sitio en que éste se coloca, se mantiene el azogue en menor altura dentro del tubo; de modo, que subiendo una montaña con el barómetro en la mano, cuanto más se va subiendo, tanto más va el azogue bajando; y al contrario, bajando despues la montaña, cuanto más se baja, tanto más sube el azogue en el tubo. La causa de este efecto es, que cuanto es mayor la altura, tanto ménos pesa el aire; verbi gracia, en la cima de un monte pesa ménos que en el valle, ya porque de allí arriba es el aire más raro que de allí abajo, ya porque no hay tanta cantidad de atmósfera, ó aire pesante, sobre la cima como sobre el valle. Lo que por lo comun se ha experimentado es, que á las primeras sesenta brazas de ascenso baja el azogue una línea, y de ahí arriba, á cada sesenta brazas sucesivamente, va bajando algo ménos en cierta proporcion. Esta correspondencia de el descenso de el azogue con la altura de el sitio en que se coloca el barómetro, tanto con más exactitud se puede averiguar, cuanto más alto fuere el monte en que se hiciere la experiencia; y siendo opinión comun que el pico de Tenerife es el más alto de el mundo, por eso los ingleses deseaban hacer los experimentos en él.

él diferentes preguntas; y no sólo á él, mas también á sus domésticos; esto es, si habia realmente tal Judío Errante; si vivia aún, por dónde andaba; qué hombre era, y qué decía de sus sucesos. Respondió el prelado, que dicho Judío realmente existia, y andaba entonces por la Armenia. Pero de sus sucesos, quien dió más específica noticia fué un doméstico de el prelado, acaso porque podia explicarse mejor con los ingleses, ó en el idioma de el país ó en el latino.

Este referia que el Judío Errante, ántes de su conversión, se llamaba *Catafilo*, y habia sido portero en la casa de Pilátos, con cuya ocasión, cuando sacaron á Cristo, Señor nuestro, de el pretorio para crucificarle, para que saliese más prontamente le dió una puñada en las espaldas, á lo cual el Redentor, volviendo el rostro, le dijo: «El Hijo del Hombre se va, pero tú esperarás á que vuelva.» El portero se convirtió luego, y fue bautizado por Ananias, que le puso el nombre de José. El sentido de la profecía de Cristo era, que este judío no habia de morir hasta que él viniese á juzgar vivos y muertos; la que en efecto en este sentido se estaba verificando, pues llevaba ya más de mil y docientos años de vida, aunque padeciendo á cada cien años unos amagos de muerte; porque á este plazo una gravísima enfermedad le dilataba hasta representarle moribundo; pero luego sanaba y se rejuvenecía, restituyéndose al vigor y apariencia de treinta años de edad, que era la que tenia cuando Cristo murió.

Añadia el familiar de el obispo, que este judío José era muy conocido de su amo, y habia sido convidado por él y huésped suyo, poco ántes de emprender su peregrinación.

El historiador citado dice que este hombre respondia puntualmente y con severo y grave modo á las preguntas, que le hacian en orden á cosas antiguas, como de los difuntos que resucitaron cuando Cristo murió, y de las historias de los apóstoles; que mostraba siempre un gran temor de que estuviese cerca el juicio final, por ser éste el plazo de su vida, y se horrorizaba cuando hacia memoria de el sacrilego desacato que habia cometido con el Redentor, aunque esperaba ser perdonado, por la mucha parte que en él habia tenido su ignorancia.

Jacobó Basnage, autor protestante, en su *Historia de los judíos*, cuenta tres judíos errantes. El primero, más antiguo, llamado Samer, en pena de haber fundido el becerro en tiempo de Moises; otro el Catafilo de arriba, gentil y portero de Pilátos; el tercer judío llamado Asuero, y zapatero en Jerusalem. De éste dice, que el año de 1547 pareció en Hamburgo, y que publicaba de sí, aunque variando nombre y tal cual otra circunstancia, lo mismo que los armenios de el que decían haber conocido en su tierra. Éste referia que ántes de su conversión se llamaba Asuero, y ejercia el oficio de zapatero á la puerta de Jerusalem, por donde Cristo salió para el Calvario; en cuya ocasión, queriendo el Salvador, por sentirse muy fatigado, reposar un momento en su oficina, él, dándole un golpe, le repelió, y entonces Cristo le dijo: «Yo luego descansaré, pero tú andarás sin cesar hasta que Yo vuelva:» que desde aquel punto empezó el cumplimiento de el vaticinio, y se fué continuando siem-

pre, porque siempre andaba peregrinando, sin parar en provincia alguna. Era de estatura procera, representaba la edad de cincuenta años, y prorumpia en frecuentes gemidos, que los circunstantes atribuian á la tristeza que le causaba la memoria de su delito.

Nuestro gran expositor Agustín Calmet, en su *Diccionario bíblico*, testifica tener en su poder una carta, escrita de Londres por la señora Mazarina (supongo que habla de la duquesa Hortensia Mancini, sobrina de el cardenal Mazarini, tan famosa por sus aventuras y trabajos como por su hermosura) á la duquesa de Bullon, en la cual se refiere que por aquel tiempo arribó un extranjero á Londres con la misma cantilena. Decía que habia servido en el divan de Jerusalem cuando Cristo fué sentenciado á muerte, y pareciéndole que no salia con la priesa que él deseaba, le dió un gran empujón, diciéndole: «Despacha; sal cuanto ántes; por qué te detienes?» La respuesta de el Señor fué la misma que se dijo arriba. Éste aseguraba (dice la señora Hortensia) que habia conocido á todos los apóstoles, y individuaba las facciones y vestido de cada uno; que habia peregrinado por todas las regiones del orbe, y no dejaria de peregrinar hasta el fin del mundo. Se jactaba de que con el tacto curaba los enfermos. Sabía muchas lenguas, y referia con tanta exactitud los sucesos de todos los siglos, que todos le oian con admiración. Habiendo un caballero insignemente erudito habládole en lengua arábiga, al momento le respondió en el mismo idioma. Apénas se le nombraba personaje alguno famoso en los anteriores siglos, á quien no afirmase haber conocido. Decía que se habia hallado en Roma cuando fué incendiada por Neron; que habia tratado con Mahoma y conocido á su padre; visto al Saladino, al Tamerlan, á Bayaceto, á Soliman el Grande, etc. Añádese en la carta, que la gente simple le atribuía muchos prodigios, pero los prudentes le tenían por impostor.

El autor de el *Espion turco* (sea el que fuere, que aún pienso que no está averiguado) en varias cartas hace memoria de el Judío Errante. En la epístola xxxix de el tomo II, escrita á Ibrahim, y que corresponde al año de 1643, todo se ocupa en referir que en París vió á dicho judío, conversó con él, y le hizo mil preguntas de cosas antiguas. Díjole que su nombre era Michob-Adar, que habia sido portero de el divan de Jerusalem, y todo lo demas que Calmet cita de la duquesa Mancina ó Mazarina; que habia andado muchas tierras, leído mucho, y sabia lenguas. Con todo, el *Espion* hizo juicio de que era loco ó impostor.

El mismo autor, en el tomo V, epístola I, escrita á Nathan-Ben-Saddi, judío, el año de 1666, le cuenta todo lo que el Judío Errante le habia dicho en París tocante á los judíos de la Asia Septentrional, y que cree son reliquias de los diez tribus dispersos.

El mismo, en el tomo VI, epístola VI, el año de 1672, á Guillelmo le dice, á lo último, que por todas partes se habla de un Judío Errante, y que en aquel tiempo estaba en Astracan, y allí predicaba que el cristianismo sería reformado el año de 1700. Y en la epístola VII, escrita á Codabafrad-Kheik, mahometano, el mismo año de 1672, le da cuenta de todo lo que el

Judío Errante predicaba y vaticinaba en Astracan. Dice que habia allí un pariente suyo (de el *Espion*) llamado Fousi, gran viajero, mercader, etc., y que de él habia recibido poco ántes una carta con las noticias de el Judío Errante.

Vaticinaba, dice el *Espion*, que hácia el año de 1700 de la egira de los cristianos inundarian los otomanos toda la Europa, ó toda la cristiandad de la tierra firme; que los cristianos recurririan á Inglaterra, como asilo, y allí se levantaria un gran personaje, que, hecho caudillo de los cristianos, conquistaria á Jerusalem; que entónces los judíos abririan los ojos y reconocerian á Jesucristo por el verdadero Mesías. Pero el *Espion* lo refiere, no lo cree.

No obstante lo cual, el mismo, en la carta xvii de el mismo tomo, escrita el año de 1674 al turco Ali-Basa, á lo último, da á entender que creyó la profecía de el Judío Errante, acaso para adular á los mahometanos, pues dice de ellos que inundarian la Europa el año de 1700.

Finalmente, el padre Luis Babenstuber, benedictino alemán, en un tomo, dividido en tres libros, que imprimió en Ausburg, el año de 1724, con el título *Prolusiones académicas*, en que instituye y trata cincuenta y una cuestiones *Quodlibeticas* curiosas, en la prolusion xvi de el tercer libro propone la cuestion de «si, fuera de Elías y Henoch, hay en el mundo algun hombre de mayor edad ó más larga vida que Matusalen». En ella, despues de tratar de Elías y Henoch, entra en la especie de el Judío Errante, en que habiendo referido casi lo mismo que Jacobo Basnage, con la diferencia de decir que el que le examinó en Hamburgo, el año de 1547, se llamó Paulo Eizio, teólogo, añade lo siguiente: *Visus est autem hic Judæus ab innumeris mortalibus in multis Europæ partibus, nempe anno Christi 1547 Hamburgi, anno 1575 Matrili in Hispania, anno 1599 Viennæ in Austria, anno 1610 Lubecæ, anno 1634 in Moscovia. Alia plura loca sciens prætereo.*

Éstas son todas las noticias que pude adquirir de el Judío Errante. Por las cuales tiene vuestra merced que este hombre, de dos modos peregrino, el año de 1229 pareció en Inglaterra; el año de 1547, en Hamburgo; el de 1575, en Madrid; el de 1599, en Viena de Austria; el de 1610, en Lubeck; el de 1634, en Moscovia; el de 1643, en París; el de 1672, en Astracan, y pocos años despues, en Lóndres. Digo pocos años despues, sin determinar cuál, porque Calmet no nos dice la data de la carta de la duquesa Hortensia. Pero esta señora, como consta de su *Vida*, escrita por monsieur de San Evremont, en el tomo iv de sus *Obras*, pasó á Inglaterra el año de 1675, y murió en aquel reino el de 1699; con que en este intermedio es preciso poner la segunda aparicion de el Judío Errante en Inglaterra.

Pero podrémos dar alguna fe á estas noticias? Juzgo que ninguna; moviéndome al disenso, no tanto la variedad de los escritores en algunas circunstancias, pues esto sucede tambien á no pocas verdades históricas muy calificadas, cuanto el que la noticia más antigua, que se halla en los historiadores, es de el año de 1229, data sin duda muy reciente para un hecho

tan antiguo. ¿Cómo es creible que de un suceso de tan extraña magnitud, tan peregrino, tan único en su especie, tan oportuno para apoyar la verdad de la religion cristiana contra los gentiles, no hiciese memoria alguno de los padres de los primeros siglos? Áun prescindiendo de esta gravísima importancia, porque añade un brillante de muy singular hermosura á la gloriosa pasion de el Salvador, era digno el caso, no sólo de las plumas de los padres, mas áun de los evangelistas.

Mas ¿cuál sería el origen de esta fábula, supuesto que lo sea? Nunca en inquirir el origen de las fábulas me fatigaré mucho, porque ordinariamente es un trabajo inútil, ya porque, aunque le tengan en algun suceso verdadero, que la ficcion ó mala inteligencia han desfigurado, ese suceso no ha llegado á nuestra noticia, ya porque frecuentísimamente las fábulas no tienen más principio que la inventiva de un embustero, á quien se antojó fabricarlas. Y esto es comunísimo cuando el embustero tiene algun interes en ser creído, lo que, sin duda, sucede en nuestro caso. Un hombre muy hábil y sagaz, bien instruido en noticias históricas y en ocho ó nueve lenguas, ¿qué vida más gustosa podria elegir que la de tunante, fingiendo ser el judío de que hablamos? Podria discurrir por todos los reinos de la cristiandad, con acceso libre, áun á los solios de los príncipes, no sólo socorrido en lo necesario, mas áun para lo superfluo, por personas de todas condiciones, estimuladas para ello de la curiosidad y de la piedad. ¿Qué más motivo, pues, es menester que éste, para que fingiese esta patraña el primero que la practicó, y para que despues le imitasen otros bribones, que quisieron hacer el mismo papel?

Pero si vuestra merced quiere algo más que este comun principio de infinitas fábulas, digo algun principio particular de la de el Judío Errante, le diré que ésta pudo tener su origen remoto en un hecho verdadero, y el próximo en otra fábula, que desfiguró aquel hecho verdadero. El hecho verdadero, como conforme á la Escritura, á la tradicion, y apoyado por los santos Padres, es la conservacion de el profeta Elías sobre la tierra hasta el fin de el mundo. Sobre este verdadero fundamento fabricaron los mahometanos una fábula, que refiere Bartolomé Herbelot, en su *Biblioteca oriental*, página 932, verbo *Zerib*, citando al autor de el *Nighiaristan* (1).

En el sexto año de la egira, despues que los árabes tomaron la ciudad de Holvan ó Hulvan, en la Siria, trecientos caballeros, que volvan de aquella empresa, al acabarse el día, vinieron á campar entre dos montañas de aquella region. Su caudillo, llamado Fadhilah, intimó á la tropa hiciese, segun el ritual mahometano, la oracion vespertina, que empieza: *Dios es grande*; pronunciando en alta voz estas palabras. Pero no bien lo hizo, cuando las oyó repetir de un sitio donde no parecia persona alguna. Pensó al principio que fuese el eco. Mas prosiguiendo la repeticion clara y distinta de todas las palabras al punto que iba prosiguiendo su oracion,

(1) Hay muchos libros históricos persianos con este nombre, el qual en el idioma persiano significa sitio de diversion ó paseo, como advierte el mismo Herbelot, verbo *Nighiaristan*; pero no especifica de cuál de ellos sacó la historia que va á referirse.

vino á caer en que algun personaje invisible era el repetidor. Por lo cual, dirigiéndose á él, le dijo: «Tú, que me respondes, si eres de el orden de los ángeles, el Señor sea contigo; y si eres de el género de los otros espíritus, te conjuro para que te vayas; mas si eres hombre como yo, hazte presente á mis ojos, para que yo goce de tu vista y conversacion.» Al acabar de decirlo, pareció ante él un viejo calvo, con un báculo en la mano, que tenía todo el aire de un dervis ó religioso mahometano; el cual, preguntado de su nombre y estado por Fadhilah, le respondió que se llamaba Zerib-Bar-Elia, y que habitaba aquel sitio por orden de Jesucristo, que le habia dejado en este mundo para vivir en él hasta su segunda venida. Preguntóle Fadhilah cuándo sería la segunda venida. A lo que respondió Zerib, que cuando varones y hembras se mezclasen sin distincion de sexos; cuando la abundancia de víveres no minorase su precio; cuando los pobres no hallasen quien los socorriese, por estar enteramente extinguida la caridad; cuando se hiciese irrision de la Sagrada Escritura, poniendo sus misterios en ridículas coplillas; cuando los templos dedicados al verdadero Dios fuesen ocupados por los ídolos, entónces estaria próximo el juicio final; y dicho esto, desapareció.

Este cuento envuelve un manifiesto trastorno de lo que el sagrado texto dice de el rapto de Elías, y de lo que, consiguientemente á él y á otros lugares de la Escritura, sienten, uniformes cristianos y judíos, de la conservacion de aquel profeta en la tierra hasta el fin del mundo. Elías tuvo aquel destino cerca de novecientos años ántes de la venida de Cristo, y el cuento mahometano atribuye á Cristo esta disposicion. ¡Horrendo anacronismo! pero nada extraño en la crasa ignorancia de los mahometanos, los cuales, con su mismo falso profeta, en la inteligencia de la Escritura confunden tiempos y personas con la mayor extravagancia imaginable. En la sura ó capítulo iii del Alcoran identifica Mahoma en una misma persona á María, hermana de Moises y Aaron, con María, madre de Jesus, Señora

nuestra, siendo aquella mucho más anterior á ésta que Elías á Cristo. Y en la sura xvii, segun le explica su famoso comentador Gelaledin, la invasion de Goliath y su ejército contra los israelitas fué castigo de haber muerto éstos á Zacarias, padre del Bautista, y la de Nabucodonosor, de haber muerto al mismo Bautista.

A vista de estos y otros trastornos monstruosos de la Escritura, tanto del viejo como del nuevo Testamento, muy frecuentes en el Alcoran y en sus comentarios, me ha ocurrido como verisímil, que algunos mahometanos, confundiendo un Juan con otro, el bautista con el evangelista, aplicasen á una misma persona dos dichos de Cristo, uno respectivo al bautista, otro al evangelista. Dijo Cristo del bautista (Matth., capítulo xi): *Ipsé est Elías, qui venturus est*; y de el evangelista (Joan., capítulo xxi): *Sic eum volo manere, donec veniam*. Lo que entendieron los demas discípulos como un decreto de Cristo para la conservacion de su vida hasta el juicio final. De esta confusion de diferentes personas en una misma, pudo originarse en los ciegos mahometanos la ficcion ó creencia de que Elías, por disposicion de Cristo, está detenido vivo en la tierra hasta el juicio final.

La persuasion, pues, de ser Elías de quien pronunció Cristo: *Sic eum volo manere, donec veniam*, abrió puerta (si queremos creerlo así) al cuento mahometano del *Nighiaristan*. Y este cuento, divulgado, excitó á algun picaron (mahometano acaso) la especie de atribuirse á sí mismo la disposicion de Cristo para vivir hasta el fin de el mundo, armado para esto con la narracion que arriba se dijo de el Judío Errante.

Pero vuestra merced aténgase en todo caso á lo dicho arriba; que no es menester buscar en historias desfiguradas el origen de infinitas fábulas. La imaginacion de el hombre tiene una tan prodigiosa actividad para tales producciones, que es capaz de criar el todo de la mentira, de el nada de la verdad.

Nuestro Señor guarde á vuestra merced, etc.

## SI HAY OTROS MUNDOS.

Muy señor mio: Si vuestra merced viviese en una aldea ó pequeño pueblo, no extrañarian muchos recurriese á mi corto saber para enterarse de lo que realmente pasó en la consulta de el arzobispo san Bonifacio al papa Zacarias, y respuesta de éste sobre el error atribuido al presbítero Virgilio; porque al fin, aunque mi saber sea corto, muchos le dan la amplitud que no tiene. Pero habitando en la corte, donde no puede ménos de haber varios sugetos muy versados en la historia eclesiástica, á la cual pertenece el caso propuesto, irregular diligencia parece la de enviar la consulta desde Madrid á Oviedo. No ignoro lo que vuestra merced puede responderme, y acaso responderá, y es, que le cuesta ménos trabajo escribir una

carta dentro de su gabinete, y enviarla por un criado á la estafeta, que ir personalmente á tal ó tal comunidad ó casa, á buscar á tal ó tal sugeto, á riesgo de no hallarle y repetir la diligencia; siendo, por otra parte, cierto, que el largo viaje que debe hacer la carta desde e-a villa á esta ciudad, en ningun modo incomoda ó fatiga al que la escribió. Pero ¿quién quita á vuestra merced solicitar tambien por un papel, que lleve un criado, de cualquiera docto de la corte la satisfaccion á su duda? Sirva esta advertencia, por si en adelante ocurriere á vuestra merced consultarme en otro asunto; pues por lo que mira al presente, el yerro, si lo fué, ya está cometido.

Entrando, pues, en materia, digo que el hecho de